Num. 17. Domingo 27 de enero de 1839.

ABENAMAR

y

EL ESTUDIANTE.

Inconvenientes.

Desde que por permision de Dios y obra del diablo comenzaron las revueltas en España, poniéndose desde los cimientos hasta las tejas todo el *edificio social* patas arriba (1), empezó como es natural á haber inconvenientes para todo. Inconvenientes para ser rico, porque el gobierno y la plebe, cada cual á su modo, ponen la puntería á las riquezas: aquel para gravarlas con insoportables impuestos, y esta para echarles la uña en dias de alborotos y asonadas, entradas

(1) Noten Vds. eso del *edificio social*, y vayan acrecentando el caudal de las metáforas de moda.

de tropas enemigas, cambios de sistema, y todo linage de festividades semejantes, que hace mas de treinta años estan gozando las poblaciones todas de España con tan gustosa frecuencia. En estas revoltijas y revoltainas, que son las ramas del tronco de la revolucion, los ricos pagan el pato de mil diversas maneras, y por eso el ser rico empezó desde 1808 á tener sus inconvenientes.

Tambien los tuvo el ser pobre, y de estos me creo dispensado de hablar porque son harto sabidos.

El ser sabio no se diga si tuvo sus inconvenientes, porque por esta tierra ha sido siempre eso del saber cosa arriesgada y peligrosísima. En primer lugar, aqui un sabio tiene por seguro que se ha de morir de hambre, y ya ven ustedes que este no deja de ser inconveniente.

Pues el ser tonto tambien los ha tenido en esta nuestra era; entendiéndose que ahora llamamos tonto al hombre de bien: el administrador que no roba, el juez que no cohecha; el empleado que no está diestro en el agibílibus de las manos puercas; todos estos son tontos, y sus diferentes tonterías estan herizadas de inconvenientes.

El ser fraile ó clérigo era gran cosa antes en España: mas luego dió el pueblo soberano en se-

garles la gola, y andar á balazos con los cerquillos y coronas: de cuyas resultas, y haber venido tan á menos las rentas eclesiásticas, no hay clase ni condicion con mas inconvenientes que esta de ser ministro del altar.

Inconvenientes tiene y no flojos el ser militar. ¿Cuáles eran antes los atractivos de esta carrera? ¿El honor? Se ha perdido. ¿La influencia y consideracion social? Cero. ¿La preponderancia y bien estar? Los ha suplido el hambre. ¿La gloria? En guerras civiles no la hay ni puede haberla. Vayan Vds. sumando esos inconvenientes, mientras voy por otras cuantas docenas de ellos.

Gran vida es la de los empleados, decíamos antes: pues bien, para ver los inconvenientes que ahora tiene, reflexionemos lo siguiente. Un ministerio dura un mes: cada ministro deja cesantes á todos los empleados que nombró su antecesor: ningun ministro paga ni al empleado en actividad ni al cesante, *ergo* ¿tiene ó no tiene inconvenientes?

El dedicarse al comercio ó á la industria no tiene mas que un inconveniente, y es que la industria y el comercio estan perdidos: por lo demas, es el mejor partido que en nuestros dias puede tomar un hombre.

Apareció en medio de este completo desbarajuste una callejuela por donde se creyó que podría encontrarse honra y provecho, y fue la de meterse á periodista. Para ser periodista no se necesita saber ni aun la lengua en que se escribe (1), dijeron, pues echémonos á periodiquear. Pero qué sucedió? Que aun esto se ha llenado de inconvenientes. Con la concurrencia se abarató el género; con hacerlo tan mal la mayor parte, te desacreditaron todos; y el resultado ha sido que aun esto del periodismo se va echando á perder, segun vemos en muchos hermanos que unos tras otros van dando sus huesos á la tierra.

Por eso vivimos nosotros de lo que menos quiebras tiene y menos inconvenientes, que es reirnos de las tonterías agenas y aun de las propias. Cosa imposible es que los españoles todos dejen de tontear, pero aun dado caso que así fuese siempre tendríamos materia para nuestros artículos, porque tontearíamos nosotros, y entonces yo me reiria de *Abenamar*, y *Abenamar* se divertiria á costa de

El Estudiante.

---

(1) Pedante me han llamado á mí varios periódicos muy graves y muy *acreditados* alguna vez que se me ha antojado reclamar la observancia de las reglas gramaticales. Lo conservo legalizado de escribanos, porque si no, dentro de diez años me dirian que era mentira,

No hay mal que por bien no venga.

Este proverbio antiguo encierra en sí solo un tratado completo de filosofia y de religion; y á su autor, que alguno seria, debiera la humanidad entera erigirle una estátua de oro del tamaño del P. Largo. Muchos escritores y charlatanes ha tenido el mundo; pero pocos son los que, como decia un poeta, han seguido

. . . . . la escondida
senda, por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido.

Pocos, poquísimos, pero algunos. El hombre que á fuerza de vigilias y meditaciones descubre una verdad consoladora y la ofrece generosamente á sus semejantes, bien merece el laurel de la inmortalidad. *No hay mal que por bien no venga*; he aqui una de esas verdades consoladoras, que no por serlo deja de participar de los achaques de todas las verdades, que llevadas al estremo, en su aplicacion, se las saca de su terreno y se esterilizan y secan entre la maleza de la mentira.

Esta guerra desoladora, esta guerra atroz que tan desapiadadamente aflije á la generacion actual, encierra en medio de sus horrores, crímenes y padecimientos, el gérmen fecundo de la paz, de las virtudes y de los goces de las generaciones futuras. Sí: nosotros regamos con nuestra sangre los campos españoles; y estos campos fecundados con sangre humana, ofrecerán á nuestros nietos abundantes cosechas de espigas y de flores. Nosotros, es verdad, somos víctimas; pero víctimas sacrificadas en obsequio de nuestros descendientes.

Tales fueron los acontecimientos políticos de fines del siglo último, y tales han sido los de este siglo entre nosotros, que necesariamente debian traer á este estado, como por la mano. La atmósfera política de España (con permiso de mi compañero (1) necesitaba una tormenta para purificarse; y la tormenta vino, y dura todavia y todavia durará. No lo decimos esto en valde ni fuera de propósito. Los que á la muerte de Fernando VII vieron en el levantamiento de las provincias del Norte una simple rebelion carlis-

(1) A metafórico te metes, ABENAMAR? Pues ya te lo dirán de misas. (*Nota del* ESTUDIANTE.)

ta, no vieron bien; los que en los rebeldes vieron unos obcecados defensores de sus fueros, vieron muy poco; y los que miraron aquel incendio como un hecho aislado, hijo de las circunstancias del momento y facil de apagar, no vieron nada.

Semejante, entonces, nuestra situacion política á la aglomeracion, en un punto dado, de cuerpos heterogéneos, la fermentacion era inevitable, como ley de la naturaleza, y la fermentacion se produjo; pero las fermentaciones tienen su término, natural tambien, y este término llega cuando en la materia fermentada se sobrepone un cuerpo y absorbe á los otros. Hasta que llega este caso, la fermentacion sigue (1). He aqui la causa de haberse desacreditado los hombres de mas prestigio entre los liberales, y de la impotencia de los partidos. Inclinados los moderados á la templanza, y librando en ella el triunfo de sus ideas, creyeron llegar al término deseado procurando hacer mas lenta la fermentacion; pero no lo lograron, porque no se evi-

(1) A este trocito fisico-quimico se le puede decir lo que al crucifijo decia el gitano moribundo. (*Otra nota del mismo.*)

tan los efectos de una causa con buenos deseos. Impacientes los exaltados por conseguir en breves instantes el mismo fin, quisieron apresurar el término á la fermentacion procurando aumentarla; pero tampoco lo lograron, porque no se evitan los efectos de una causa con la impaciencia. Los unos y los otros se estrellaron, porque los unos y los otros debian estrellarse. He aqui una gran verdad que trasmitirá la historia á nuestros descendientes, para provecho suyo. Pues estas verdades, que una vez conocidas, evitan tantos males, y reportan tantos bienes á la humanidad, no se adquieren sino á precio de lágrimas y de sangre. ¡Dura condicion, por cierto, impuesta á la especie humana!

Entre las verdades de que nuestros descendientes serán deudores á esta horrible lucha, no es de las menos importante, la de presentarles como son en sí los destinos y cargos públicos.

La abundancia de metálico, que desde las minas de América venia á nuestra tesoreria, unida al afan de figurar, y al innato deseo de la holgazaneria, produjeron señaladamente en el reinado de Cárlos III una furiosa empleomania, que llegó al frenesí. No habia en España hijo de fiel de fechos ó de cobrador de bulas, que no quisiera que le hiciesen obispo ó gobernador del Consejo.

La iglesia y la corte cargaron con el santo y la limosna; y el deseo inmoderado de llegar á ser canónigo ó covachuelista, hizo que muchos parasen en sacristanes y en vivir en cuevas. La agricultura fué menospreciada, el comercio mirado como profesion innoble, y la industria como ocupacion propia de capadores franceses ó caldereros de la Calabria. La familia que no contaba en su seno algun empleado público, era mirada como de origen judáico ó sarraceno. Como para abrirse paso á las catedrales y á las antecámaras de los ministros era preciso estudiar algo, nuestras universidades se convertian en enjambres de zánganos, que susurrando todo el dia la suma de Sto. Tomas ó los párrafos de las pandectas, esperaban el momento de meterle mano al panal y saborearse con su dulzura. Este trabajar para holgazanear, y este afan para tumbarse á la bartola, se estendió al sexo femenino, que yo no llamo bello, porque de todo hay, y las hijas de los jornaleros quisieron ser amas de clérigos, y las de los labradores criadas de honor ó dueñas, y las demas camaristas. Asi es, que los señores y los clérigos escogian como entre peras, y ya se deja conocer que no se habian de tirar á lo peor. Los pretendientes mas humildes se contentaban con ser pages de algun oidor, ó cosa

tal, y acompañar sombrero en mano, á su señoria, con lo cual iban tan huecos y pomposos como si llevasen al rey en el cuerpo. Las mas robustas matronas de las montañas se afanaban por tener hijos para dejarlos y criar otros en la corte, y los mejores mozos de Asturias seguian la carrera de lacayos con el mayor lucimiento.

Una nacion, cuyos habitantes tenian tales ocupaciones y tales deseos, y con la circunstancia de tener á la cabeza un rey cazador, por añadidura, díganme ustedes francamente si podia parar en bien.

Si señores, es menester decirlo en voz alta para que se oiga; el reinado de Cárlos III que tanto se celebra y se encomia por los que no lo miran mas que por un lado, fué un reinado calamitoso para la nacion española. Calamitoso, si señores, vuelvo á decir; porque en él se sembraron los gérmenes de las desgracias que cosechamos ahora. Fué un reinado semejante á la conducta de un rico heredero, que lleno de imprevision, de orgullo y de caprichos, malgasta su hacienda, socorre, es verdad, algunas necesidades; pero apadrina los vicios y la holgazaneria y acaba por arruinar á sus descendientes. Cárlos IV heredó las escopetas, los perros y los monteros de su predecesor; y lo que despues heredó, todo el mundo

lo sabe. No le culpamos; representó el papel que le correspondia; iba cuesta abajo y no podia pararse mas que dejando el trono, como lo hizo. Tampoco decimos esto en balde ni fuera de propósito. Los males de una nacion no pueden achacarse nunca con justicia ni á un solo sistema de gobierno ni á una sola persona. Son como las enfermedades en el cuerpo humano, que no se producen en el momento en que se manifiestan; de antemano estaban preparadas. Del estudio meditado de nuestra historia contemporánea, salta á la vista otra gran verdad, á saber: que los males de esta nacion nadie puede curarlos mas que la nacion misma; y he aqui la imperiosa necesidad del sistema representativo, y cuando así nos espresamos no entendemos por tal la representacion de un partido ni de reminiscencias de lo pasado; sino la representacion desapasionada de las necesidades y los intereses públicos. No faltan espíritus tímidos y quebradizos, que se espantan y retroceden ante los inconvenientes de este sistema, que como todo lo humano, los tiene; pero sus ventajas son inmensas, y en ellas, y *solo en ellas* se cifra nuestra salvacion. No estará de mas el encarecerlas, cuando se dice que hay moros en la costa. Tengan, pues, entendido los pueblos, las cortes y el gobierno, que no hay

salvacion para nosotros fuera de la representacion nacional, y del cumplimiento exacto de la Constitucion. Esta es una verdad innegable, que hemos adquirido con lágrimas y con sangre. Este es un bien nacido de muchos males, y hé aqui justificado el antiguo proverbio *no hay mal que por bien no venga.*

Abenamar.

La *Revista de Madrid*, periódico mensual que se lee poco, porque trae artículos profundos y largos, y no contiene ni tonterías, ni personalidades, ni desvergüenzas, ni noticias falsas, en su número del presente mes, ha publicado un escelente artículo de Don Juan Donoso Cortés, que si los españoles no fueramos de corcho, y los franceses no fueran tan opuestos á leer lo que escriben los españoles, hubiera sido ya causa de que se hicieran tres reimpresiones de la *Revista:* tanto es lo que su asunto y el modo de tratarle interesa á españoles y franceses. Este artículo se titula »Estado de las relaciones diplomáticas entre Francia y España, esplicado por el carácter de las alianzas europeas." Su objeto es manifestar la importancia é influencia que el resultado de la

guerra de España debe tener en las relaciones de las potencias europeas y combatir la errada opinion de los políticos y diplomáticos franceses que tienen por mas conveniente para su pais la pérfida indiferencia con que mira aquel gobierno nuestras cosas. Entre otras proposiciones nuevas y atrevidas sienta el Sr. Donoso Cortés la de que el tratado de 22 de abril de 1834 (el de la malhadada cuádruple alianza) que aparece como el *primer* acto de union entre las dos naciones *amigas* no es sino el *último*, y por consiguiente que no fue un *progreso* en la union, sino una *decadencia*.

Repetimos que el tal artículo en nuestro juicio merece leerse, y las verdades que preconiza deben publicarse y divulgarse. No es buen español aquel á cuyos ojos no acudan lágrimas viendo las sentidas espresiones con que el escritor afea y echa en cara á la Francia su proceder loco, estraño y desleal.

Romance.

Marido, vamos al baile,
vamos al baile mi amor,
que es justo en tiempo de máscaras

gozar de la diversion.

Don Donato me ha pedido
que vaya al baile por Dios,
y no podemos negarle
cosa alguna al buen señor.

Ya sabes lo que *nos* quiere
desde que *me* conoció,
y que de Toro á la corte
te trajo con su favor

Él en su misma oficina
un buen destino te dió,
con solo habérselo dicho
yo á él en cierta ocasion.

Él te ayuda en tu trabajo
con tal zelo y tal fervor,
que mientras tú un espediente,
él suele despachar dos.

Él te cuida de tu hacienda
viéndote mal labrador,
él la ara, y él la riega,
mientras tú tomas el sol.

Él te cede en el teatro
su luneta por mejor,
y allá se viene conmigo

de un palco al hondo rincon.

Él cuando estabas enfermo,
compartiendo mi dolor,
noches enteras pasaba
conmigo haciendo oracion.

Forzoso es, pues, no mostrarse
ingratos á tanto honor,
ya que un protector tan bueno
la suerte te deparó.

Iremos con él al baile,
ya que hoy está de ese humor,
y porque no nos conozcan
seré su pareja yo.

Tú te irás por otro lado,
que es disimulo mayor,
y para que no te acerques
te haré señas con la tos.

Ven, que ya tengo dispuesto
para tí un buen dominó,
y una careta tan chusca,
que causará admiracion.

Ven, te la pondrè, mi vida.
por mis propias manos yo,
cabritillo de mis ojos,
tonto de mi corazon.

Diviértete, pichon mio,
diviértete sin temor;
y mira que no desgarres
con el pelo el capuchon.

Si á *Abenamar* te encontrares
no le hables, Cornelio, no,
que en artículo de toros
te sacará á colacion.

Ni tampoco al *Estudiante*,
porque ese es tal vez peor:
malicioso, y maldiciente,
y descarado y burlon.

El Estudiante.

Editor responsable Geronimo Cachapero.

Madrid: Imprenta de la Compañía Tipográfica.